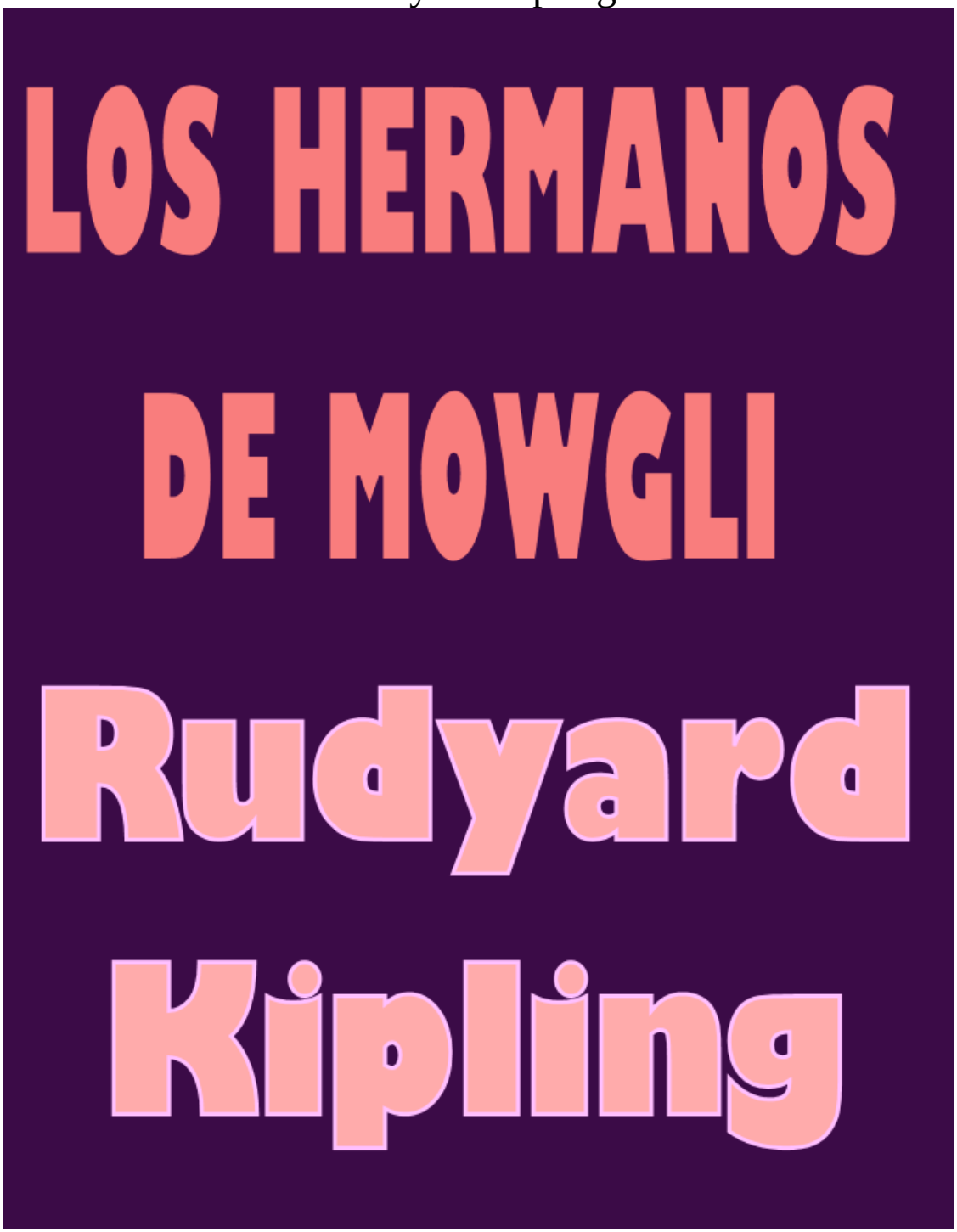
LIBRO dot.com

LOS HERMANOS DE MOWGLI

Rudyard Kipling



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Ahora Rann, el milano, trae la noche
que deja libre al murciélago Mang;
los rebaños están encerrados en el establo
porque vagamos libres desde el alba.
Es la hora del orgullo y el poder,
garra y golpe y zarpa.
¡Oh, escucha la llamada! ¡Buena caza
para todos los que siguen la Ley de la Selva!

Canción de noche en la selva

Eran las siete de una cálida tarde en las colinas de Seeonee cuando Papá Lobo se despertó de su descanso diario, se rascó, bostezó y estiró sus patas, una tras otra, para sacarse de encima la sensación de somnolencia. Mamá Loba estaba tumbada con su gran hocico gris entre sus cuatro cachorros, torpes y gritones, y la luna brillaba a la entrada de la caverna donde vivían.

-¡Aurgh! -dijo Papá Lobo-. Es la hora de ir a cazar de nuevo.

Se disponía a lanzarse colina abajo cuando una pequeña sombra con una espesa cola cruzó el umbral y exclamó:

-¡Que la suerte te acompañe, jefe de los lobos; y que la suerte y poderosos dientes blancos acom pañen a tus hijos, que nunca tengan que olvidar el hambre en este mundo!

Era el chacal, Tabaqui el lameplatos, desprecia do por los lobos de la India porque siempre se mete en todo, cuenta historias y come andrajos y pedazos de cuero de las basuras del pueblo. Pero también le temen porque Tabaqui, más que nadie en la selva, es propenso a volverse loco, y entonces se ol vida de que haya tenido miedo alguna vez y corre por el bosque mordiendo todo lo que se encuentra en su camino. Incluso el tigre corre yse esconde cuando Tabaqui se vuelve loco, porque la locura es lo más desagradable que puede sucederle a una criatura salvaje. Nosotros lo llamamos hidrofobia, pero ellos lo llaman dewanee (la locura) y salen corríendo.

-Bien, entra y mira -dijo fríamente Papá Lobo-, pero aquí no hay comida.

-No para un lobo --dijo Tabaqui-, pero para un pobre como yo incluso un hueso seco es un gran festín. ¿Quién es el Guidur-log (el pueblo chacal) para escoger y elegir?

Se apresuró hacia el final de la caverna donde encontró el hueso de un gamo con algo de carne y se sentó a roerlo felizmente.

-Muchísimas gracias por esta rica comida --dijo relamiéndose los labios-. ¡Qué bonitos son tus nobles hijos! ¡Qué grandes son sus ojos! ¡Y qué jóvenes! Además..., además, tengo que acordarme de que los hijos del rey son hombres desde que nacen.

Tabaqui sabía tan bien como cualquier otro que no hay nada menos oportuno que elogiar a los niños delante de ellos mismos; y pudo comprobar que Papá y Mamá Loba se encontraban en una situación incómoda.

Tabaqui se quedó quieto, regocijándose por el daño que había causado, y dijo rencorosamente:

-Shere Khan el Grande se ha trasladado de zona de caza. En la próxima luna cazará por estas colinas, según me dijo.

-¡No tiene derecho! -dijo enfadado Papá Lobo-. Según la Ley de la Selva no tiene derecho a cambiar su zona sin la debida advertencia. Va a asustar la caza en diez millas a la redonda, y yo... yo, actualmente, tengo que cazar por dos.

-Su madre no le llamó Lungri (el Cojo) sin motivo -dijo en voz baja Mamá Loba-. Es cojo de una pata desde que nació. Por eso sólo ha podido cazar ganado. Los habitantes de Waingunga están enfadados con él, y ahora ha venido aquí a hacer que se enfaden nuestros habitantes. Recorrerán la selva buscándole cuando esté lejos y nosotros y nuestros hijos tendremos que correr cuando quemen las hierbas. Por eso ¡se lo agradecemos a Shere Khan!

-¿Le hablo de vuestra gratitud? -dijo Tabaqui-.

-¡Fuera! -dijo con enfado Papá Lobo-. Lárgate a cazar con tu amo. Ya has hecho suficiente daño por esta noche.

-Ya me voy -dijo Tabaqui tranquilamente-. Se puede escuchar a Shere Khan abajo en la espesura. Debería haberme guardado para mí esta noticia.

Papá Lobo escuchó y, abajo, en el valle que llegaba hasta un pequeño río, oyó el lamento seco, enojado y pérfido de un tigre que no había cazado nada y que no le importaba si toda la selva se enteraba de ello.

-¡Imbécil! -dijo Papá Lobo-. ¡Comenzar el trabajo nocturno con este ruido! ¿Es que no sabe que nuestros gamos son como los gordos bueyes de Waingunga?

-Chist. No son ni bueyes ni gamos lo que caza esta noche -dijo Mamá Loba-. Es un hombre.

El gemido se había convertido en un zumbante ronroneo que parecía venir de cada rincón del lugar. Era aquel ruido que desconcierta a los leñadores y a los gitanos que viven a la intemperie y que a veces hace que corran incluso hacia la misma boca del tigre.

-¡El hombre! -dijo Papá Lobo mostrando toda su blanca dentadura-. ¡Fu! ¿No hay suficientes escarabajos y ranas en los depósitos, que tiene que comerse a un hombre y, encima, en nuestra tierra?

La Ley de la Selva, que nunca ordena nada sin tener motivo, prohíbe a todas las fieras comer hombres, excepto para mostrar a sus hijos cómo matar, pero entonces deben salir a cazar fuera de la zona de caza de su tribu o manada. La única razón existente es que matar a un hombre significa, tarde o temprano, la llegada de hombres blancos sobre elefantes, con armas, y cientos de hombres de color con gongs, cohetes y antorchas. Es entonces cuando en la selva todo el mundo sufre. La razón que dan las fieras entre sí es que el hombre es el ser más débil e indefenso de todos los seres vivos y no es digno de un cazador tocarle. También dicen' y esto es cierto, que los que comen hombres se vuelven sarnosos y pierden sus dientes.

El rugido se hacía más intenso y terminó con un «¡Aaaar!» a pleno pulmón, propio del tigre cuando ataca.

Entonces se escuchó un aullido, extraño en un tigre, que provenía de Shere Khan.

-Ha fallado --dijo Mamá Loba-, ¿qué es eso?

Papá Lobo corrió algunos pasos hacia fuera y oyó a Shere Khan murmurando y gruñendo salvajemente mientras se revolcaba en la maleza.

-El imbécil no ha tenido mejor idea que saltar por encima del fuego de los leñadores y se ha quemado las pezuñas -dijo Papá-Lobo con un gruñido-. Tabaqui está con él.

-Algo está subiendo por la colina -dijo Mamá Loba girando una oreja-. ¡Prepárate!

Los matorrales crujieron levemente en la espesura y Papá Lobo se agachó, preparado para saltar. Si hubierais estado observando habríais visto lo más maravilloso del mundo, el lobo se detuvo cuando estaba en medio del salto. Brincó antes de ver hacia qué iba a dar el salto y entonces intentó detenerse. El resultado fue que salió disparado sobre un metro o metro y medio de altura, cayendo casi en el mismo lugar donde había dado el salto.

-¡Un hombre! -exclamó-. ¡Un cachorro de hombre! ¡Mira!

Tenía delante de él, apoyado de pie en una rama baja, un bebé desnudo, moreno, que apenas caminaba, lo más dulce y mono que nunca había habidode noche en la caverna de un lobo. Miró la cara de Papá Lobo y se rió.

-¿Esto es un cachorro humano? --dijo Mamá Loba-. Nunca había visto uno. Tráelo aquí.

Un lobo, acostumbrado a trasladar sus propios cachorros, puede, si es necesario, llevar un huevo en la boca sin romperlo. Y así, las mandíbulas de Papá Lobo se cerraron en la espalda del niño sin que un solo diente marcara su piel y lo dejó junto con sus cachorros.

-¡Qué pequeño! ¡Qué desnudo! ¡Y qué valiente! -dijo Mamá Loba dulcemente.

El bebé se hacía espacio entre los cachorros para sentir más el calor.

-¡A¡á! Está comiendo su comida con los demás. ¿Así que esto es un cachorro de hombre? ¿Pues a ver si alguna vez ha habido algún lobo que pudiera enorgullecerse de tener un cachorro humano entre los suyos?

-Alguna vez he oído hablar de ello, pero nunca en nuestra manada ni en mis tiempos --dijo Papá Lobo-. Está completamente sin pelo y podría matarlo simplemente tocándolo con mi pata. Pero fíjate, mira hacia arriba y no tiene miedo.

La luz de la luna quedó interrumpida en la boca de la caverna por la gran cabeza cuadrada y los hombros de Shere Khan que asomaban por la entrada. Tabaqui chillaba detrás de él:

-¡Señor, señor, se ha metido aquí!

-Shere Khan, es un gran honor para nosotros --dijo Papá Lobo, pero sus ojos estaban enfurecidos-. ¿Qué necesita Shere Khan?

-Mi presa. Un cachorro humano vino hacia aquí -dijo Shere Khan-. Sus padres han huido. Dádmelo a mí.

Shere Khan había saltado por encima del fuego de los leñadores, como Papá Lobo había dicho, y estaba furioso por el dolor de sus pezuñas quemadas. Pero Papá Lobo sabía que la entrada de la caverna era demasiado estrecha para que un tigre pudiera entrar, incluso por la parte en la que él se encontraba. Los hombros y las patas delanteras de Shere Khan tenían que encogerse demasiado para entrar, como tendría que hacer un hombre si intentara meterse dentro de un bidón.

-Los lobos son seres libres -dijo Papá Lobo-. Obedecen órdenes del jefe de la manada y no de cualquier cazador rallado de ganado. El cachorro humano es nuestro, incluso para matarlo, si así lo decidimos.

-¡Decidimos, no decidimos! ¿Qué significa todo esto de decidir? ¡Por el toro que maté! ¿Tengo que estar oliendo vuestra madriguera de perro por lo que en justicia me pertenece? ¡Soy yo, Shere Khan, quien habla!

El rugido del tigre llenó la caverna como un trueno. Mamá Loba se separó de los cachorros y se adelantó, sus ojos, como dos lunas verdes en la oscuridad, se enfrentaron a los ojos llameantes de Shere Khan.

-Y ésta soy yo, Raksha (el Demonio), quien responde. El cachorro humano es mío, Lungri, ¡mío y sólo mío! No será asesinado. Vivirá para correr con la manada y para cazar con la manada y al final, mira, cazador de cachorros desnudos, comedor de ranas, asesino de peces, ¡él te cazará a ti! Así que ahora apártate, o por el sambur que maté (yo no como ganado hambriento) vuelve con tu madre, ¡fiera quemada de la selva, más coja aún que cuando llegó a este mundo! ¡Vete!

Papá Lobo miró asombrado. Casi había olvidado los tiempos en los que él ganaba a Mamá Loba en las peleas abiertas con otros cinco lobos, cuando ella correteaba por la manada y no se -llamaba Demon por simple cumplido. Shere Khan podía enfrentarse a Papá Lobo, pero no podía ir en contra de Mamá Loba, porque sabía que donde se encontraba ella tenía todas las ventajas del territorio y lucharía hasta la muerte. Así pues, se retiró de la entrada de la caverna refunfuñando, y cuando ya estaba fuera gritó:

-¡Cada perro ladra en su propio patio! Ya veremos qué dirá la manada de lo de criar cachorros humanos. El cachorro es mío y por mis dientes que volverá a mí, ¡ladrones con rabo!

Mamá Loba se acomodó entre sus cachorros y Papá Lobo le dijo gravemente:

-Shere Khan dice muchas verdades. El cachorro debe ser mostrado a la manada. ¿Todavía quieres quedártelo., mamá?

-¡Quedán-nelo! --dijo ella suspirando-. Llegó desnudo, por la noche, solo y muy hambriento, ¡pero no tenía miedo! Mira, ya ha desplazado a uno de mis bebés. Y ese carnicero cojo lo habría matado y habría huido de Waingunga, mientras los habitantes, como venganza, vendrían aquí a la caza. ¿Quedármelo? Ten por seguro que me lo quedaré. Descansa tranquilo, ranita. Oh, tú, Mowgli, por Mowgli la rana te llamaré así, ya llegarán los días en los que cazarás a Shere Khan como él te habría cazado a ti.

-¿Pero qué dirá nuestra manada? -preguntó Papá Lobo.

La Ley de la Selva deja muy claro que cualquier lobo, cuando se casa, puede retirarse de la manada a la que pertenece, pero cuando sus cachorros son lo suficientemente mayores como para mantenerse en pie, debe llevarlos ante el Consejo

de la manada, que, por lo general, suele tener lugar una vez al mes, cuando hay luna llena, para que sean identificados. Después de esta inspección, los cachorros son libres de correr por donde ellos quieran y hasta que no maten su primer gamo no hay excusa aceptable que defienda que un lobo mayor mate a alguno de ellos. El castigo es la muerte en el mismo lugar donde se encuentre al asesino, y si pensáis por un instante en esto veréis que así debe ser.

Papá Lobo esperó a que sus cachorros pudieran corretear un poco y entonces, la noche en que tuvo lugar la reunión, los llevó, junto con Mowgli y Mamá Loba, a la Roca del Consejo, una cima de una colina cubierta de rocas y piedras donde podían esconderse un centenar de lobos.

Akela, el gran Lobo Solitario gris que lideraba toda la manada gracias a su fuerza y habilidad, estaba tumbado a lo largo de su roca, y debajo de él permanecían sentados cuarenta lobos o más de todos los colores y tamaños, desde veteranos de color tejón que podían enfrentarse solos con un gamo, hasta los jóvenes negros de tres años que creían que podían. El Lobo Solitario era el jefe desde hacía un año. En su juventud fue dos veces presa de una trampa y una vez fue apaleado y dado por muerto, así que él conocía las costumbres y los usos de los hombres. Se habló muy poco en la reunión de la Roca. Los cachorros tropezaban entre ellos en el centro del círculo que formaban, sentados, sus padres y madres, y de vez en cuando un lobo adulto se acercaba a alguno de los cachorros, lo miraba cuidadosamente y volvía a su lugar sin hacer ruido. A veces, alguna madre tenía que empujar a su cachorro para exponerlo a la luz de la luna y asegurarse de que no había pasado inadvertido. Akela gritaba desde su roca:

-Todos conocéis la Ley, todos conocéis la Ley, ¡mirad bien, lobos!

Al final (y a Mamá Loba se le erizaban los pelos del cuello al acercarse el momento), Papá Lobo empujó hacia el centro a «Mowgli la Rana», como ellos lo llamaban, donde permaneció sentado riendo y jugando con algunas piedrecillas que brillaban con la luz de la luna.

Akela no levantaba la cabeza de sus patas, pero seguía con sus monótonos gritos:

-¡Mirad bien!

Un ensordecedor rugido provenía de detrás de las rocas, era la voz de Shere Khan que gritaba:

-El cachorro es mío, dádrnelo. ¿Qué tiene que ver el Pueblo Libre con un cachorro humano?

Akela ni siquiera movía sus orejas, todo lo que decía era:

-¡Mirad bien, lobos! ¿Qué tiene que ver el Pueblo Libre con las órdenes de cualquiera que no sea el mismo Pueblo? ¡Mirad bien!

Se escuchaba un coro de profundos gruñidos y un lobo joven, de unos cuatros años, hizo llegar a Akela la pregunta de Shere Khan:

-¿Qué tiene que ver el Pueblo Libre con un cachorro humano?

Ahora bien, la Ley de la Selva afirma que si hay cualquier disputa relacionada con el derecho que tiene un cachorro a ser aceptado por la manada, éste debe ser defendido al menos por dos miembros de la misma que no sean ni su padre ni su madre.

-¿Quién habla en favor de este cachorro? -preguntó Akela-. ¿De entre el Pueblo Libre quién habla en su favor?

No hubo ninguna respuesta y Mamá Loba se preparó para lo que sabía que iba a ser su última disputa, si es que el asunto llegaba a ser disputado.

Entonces, la única criatura de otra especie con permiso para participar en el Consejo de la manada, Baloo, el oso pardo dormilón que enseña a los lobeznos la Ley de la Selva, el viejo Baloo, que puede ir y venir cuando le place, porque sólo come nueces, raíces y miel, se levantó sobre sus dos patas traseras y gruñó:

-¿El cachorro humano, el cachorro humano? -dijo-. Yo hablo en favor del cachorro humano. No hay nada malo en un cachorro humano. No tengo facilidad de

palabra, pero digo la verdad. Dejémosle que corretee con la manada y que se sume a los demás. Yo mismo le instruiré.

-Todavía necesitamos a alguien más -dijo Akela-. Baloo ha hablado y él es el maestro de nuestros jóvenes cachorros. ¿Quién más habla aparte de Baloo?

Una sombra oscura cayó sobre el círculo. Era Bagheera, la pantera negra, toda ella de un negro de tinta, pero con sus marcas de pantera que, según como estuviera expuesta a la luz, parecían unas ondas de seda. Todo el mundo conocía a Bagheera y nadie se atrevía a cruzar por su camino porque era tan astuta como Tabaqui, tan audaz como el búfalo salvaje y tan desenfrenada como el elefante herido. Pero tenía una voz tan dulce como la miel natural que gotea de un árbol y una piel más fina que el plumón.

-Oh, Akela, y vosotros, Pueblo Libre -dijo como susurrando-, no tengo ningún derecho en vuestra asamblea, pero la Ley de la Selva dice que si surge alguna duda no relacionada con alguna muerte pero sí con algún nuevo cachorro, la vida de éste puede ser comprada a cualquier precio. Y la Ley no dice quién puede o no puede pagar este-precio. ¿Tengo razón?

-¡Bien, bien! -dijeron los lobos jóvenes, siempre hambrientos-. Escuchad a Bagheera. El cachorro puede ser comprado a cualquier precio. Es la Ley.

-Sabiendo que no tengo ningún derecho a hablar aquí, os pido que me dejéis hacerlo.

-Habla, pues -gritaron unas veinte voces.

-Matar a un cachorro desnudo es una vergüenza. Además, os puede servir de gran ayuda cuando sea mayor. Baloo ha hablado en su defensa. Por eso añadiré a sus palabras un toro, uno gordo, recién matado, a menos de media legua de aquí, si aceptáis al cachorro humano de acuerdo con la Ley. ¿Tan difícil es?

Surgió el clamor de una veintena de voces diciendo:

-¿Qué más da? Se morirá con las lluvias del inviemo, se abrasará con el sol del verano. ¿Qué daño nos puede causar una rana desnuda? Dejémosle corretear con la manada. ¿Dónde está el toro, Bagheera? Aceptémosle.

Entonces se escuchó el profundo aullido de Akela, que gritaba:

-¡Mirad bien, mirad bien, oh lobos!

Mowgli todavía estaba interesado en las piedrecillas y no se dio cuenta de que los lobos se acercaban uno a uno hacia él, para observarlo. Al final todos bajaron de la colina en busca del toro muerto y sólo se quedaron Akela, Bagheera, Baloo y los lobos que apoyaban a Mowgli. Shere Khan siguió gruñendo durante la noche, ya que estaba muy enfadado porque Mowgli no le había sido entregado.

-Sí, ruge bien -le dijo Bagheera en su propia cara-. 0 no sé nada del hombre o llegará el día en que esa cosa desnuda hará que rujas en otro tono.

-Bien hecho -dijo Akela---. Los hombres y sus cachorros son muy listos. Con el tiempo nos será de gran ayuda.

-Es verdad, una ayuda en caso de necesidad, porque nadie puede esperar ser el jefe de la manada para siempre -dijo Bagheera.

Akela no dijo nada. Estaba pensando en ese día que llega a todos los jefes de manada, cuando pierden la fuerza y se van debilitando cada vez más, hasta que al final son matados por los mismos lobos y surge un nuevo jefe, para ser matado cuando le llegue el turno.

-Llévatelo -le dijo a Papá Lobo-, y adiéstralo como le corresponde a un miembro del Pueblo Libre.

Y así es como Mowgli fue aceptado en la manada de lobos de Seeonee, por el precio de un toro y las buenas palabras de Baloo.

Ahora debéis contentaros saltando diez u once años e imaginando la vida tan maravillosa que Mowgli pasó entre los lobos, porque si tuviera que ser escrita llenaría demasiados libros. Creció con los lobeznos, aunque ellos, desde luego, se hicieron lobos adultos casi antes de que él dejara la primera infancia y Papá Lobo le enseñó sus tareas y el significado de la Selva, hasta que cada crujido de la hierba, cada soplo del aire cálido nocturno, cada nota de los búhos sobre su cabeza, cada ruido producido por las garras de los murciélagos sostenidos por un instante en un árbol, cada rumor provocado por los pececillos que saltan en la charca, significaran para él tanto como puede significar el trabajo de oficina para un hombre de negocios. Cuando no estaba aprendiendo, se tumbaba al sol y dormía, y comía y volvía a dormir; cuando se sentía sucio o tenía calor, nadaba en las charcas de la selva; y cuando quería miel (Baloo le había dicho que la miel y las nueces son tan buenas al paladar como la carne cruda) trepaba a un árbol para conseguirla, ya que Bagheera le había enseñado cómo hacerlo. Bagheera se tumbaba sobre una rama y le decía:

-Ven aquí, hermanito.

Y al principio Mowgli se agarraba como un perezoso, pero después se balanceaba por las ramas casi tan audazmente como el mono gris. También ocupó su lugar en el Consejo de la Roca cuando se reunía la manada y allí descubrió que, si miraba fijamente a los ojos de un lobo, éste se veía forzado a bajar la vista y, por eso, solía hacerlo para divertirse. Algunas veces arrancaba las largas espinas de la piel de sus amigos, porque los lobos sufren enormemente por las espinas y los cadillos que se les clavan entre el pelo.

Por la noche bajaba por la colina hasta los campos cultivados y observaba con cuidado a los campesinos dentro de sus cabañas, pero desconfiaba de los hombres, porque Bagheera le enseñó una caja cuadrada, con una abertura que se hundía, escondida tan hábilmente entre la maleza que casi entró en ella, y le dijo que era una trampa. Le gustaba más que ninguna otra cosa en el mundo adentrarse con Bagheera en el corazón cálido y oscuro de la selva, dormir a lo largo del soñoliento día y, por la noche, observar cómo la pantera efectuaba su caza. Ella mataba a diestro y siniestro cuando él tenía hambre, y así hacía Mowgli, pero con una excepción: cuando el chico fue lo suficientemente mayor como para entender según qué cosas, Bagheera le explicó

que no tenía que tocar el ganado, Porque él mismo había sido admitido en la manada a cambio de la vida de un toro.

-Toda la selva te pertenece -dijo Bagheera- y puedes matar todo lo que tu fuerza te permita matar; pero, por la memoria del toro que sirvió para comprar tu vida, nunca debes matar o comerte ninguna cabeza de ganado, joven o vieja. Ésta es la Ley de la Selva.

Mowgli obedeció fielmente.

Y él crecía, y crecía fuerte, como debe crecer cualquier chico que no es consciente de que está aprendiendo cualquier lección y que no tiene otra cosa en qué pensar en este mundo que no sea la comida.

Mamá Loba le dijo una o dos veces que Shere Khan no era una criatura en la que poder confiar y que algún día él tendría que matarlo. Pero así como un lobezno se habría acordado de aquel consejo en todo momento, Mowgli lo olvidaba porque era simplemente un niño, aunque se habría calificado a sí mismo de lobo si hubiera podido hablar en cualquier lengua humana.

Shere Khan siempre le salía al paso en la selva, ya que como Akela cada vez era más viejo y más débil, el tigre cojo se había hecho muy amigo de los lobos más jóvenes de la manada, que le seguían para recoger sus sobras, algo que Akela nunca habría permitido si se hubiera atrevido a imponer su autoridad hasta el extremó adecuado. En estos casos, Shere Khan los adulaba y se hacía el sorprendido ante la idea de que tan jóvenes y excelentes cazadores se contentaran con ser liderados por un lobo moribundo' y por un cachorro humano.

-Me cuentan -dijo Shere Khan- que en el Consejo no os atrevéis a mirarle a los ojos.

Y los lobos jóvenes gruñían y erizaban el pelo.

Bagheera, que tenía ojos y oídos por todas partes, sabía algo de esto y le dijo a Mowgli, una o dos veces y con palabras muy distintas, que algún día Shere Khan intentaría matarle. Mowgli le contestó riendo:

-Tengo la manada y te tengo a ti y a Baloo que, aunque es muy perezoso, podría dar algún golpe en mi defensa. ¿De qué tendría que tener miedo?

Un día muy caluroso a Bagheera se le ocurrió una nueva idea por algo que había oído. Quizá Ikki, el puerco espín se lo había dicho. Se lo dijo a Mowgli cuando se encontraban en la zona más profunda de la selva, mientras la cabeza del chico reposaba sobre la negra piel de Bagheera:

-Hermanito, ¿cuántas veces te he dicho que Shere Khan es tu enemigo?

-Tantas veces como frutos tiene esta palmera -dijo Mowgli, que, evidentemente, no sabía contar---. ¿Por qué lo dices? Tengo sueño, Bagheera, y Shere Khan tiene la cola larga pero habla poco, como Mao, el pavo real.

-Pero ahora no es hora de dormir. Baloo lo sabe, yo lo sé, la manada lo sabe e incluso los tontos e inútiles ciervos lo saben. Tabaqui también te lo ha dicho.

-¡Oh, oh! -dijo Mowgli-. Tabaqui me vino no hace mucho y mie dijo de una manera muy grosera que yo era un cachorro humano desnudo y que no servía para desenterrar raíces, pero cogí a Tabaqui por la cola y le golpeé un par de veces contra la palmera para enseñarle buenos modales.

-Eso fue una tontería porque, aunque Tabaqui sea un chismoso, te habría dicho algo que te interesa mucho. Abre esos ojos, hermanito. Shere Khan no se atreve a matarte en la selva, pero recuerda, Akela es muy mayor, y pronto llegará el día en que no Podrá matar su gamo y entonces ya no podrá seguir siendo el jefe. Muchos de los lobos que te observaron cuando fuiste llevado por primera vez al Consejo también son mayores, y los lobos jóvenes creen, tal y como Shere Khan les ha enseñado, que en la manada no hay lugar para un cachorro humano. En poco tiempo te habrás convertido en un hombre.

-¿Qué es un hombre si no puede correr con sus hermanos? -preguntó Mowgli-. Yo nací en la selva. He obedecido la Ley de la Selva y no hay ni un lobo de los nuestros de cuyas patas no haya arrancado alguna espina. ¡Seguro que son mis hermanos!

Bagheera se tumbó del todo y medio cerró sus ojos.

-Hermanito --dijo-, toca esto bajo mi mandíbula.

Mowgli puso su oscura y fuerte mano bajo la sedosa mejilla de Bagheera, donde los enormes y redondos músculos quedaban escondidos entre el brillante pelaje, y percibió un pequeño vacío.

-No hay nadie en la selva que sepa que yo, Bagheera, llevo esta marca, la marca del collar. Y aún más, hermanito, yo nací entre los hombres y fue entre ellos donde murió mi madre, en las jaulas del palacio del rey en Oodeypore. Por eso pagué tu precio en el Consejo cuando eras un cachorrillo desnudo. Sí, yo también nací entre hombres. Nunca había visto la selva. Ellos me alimentaban detrás de unos barrotes con un platillo de hierro hasta que una noche sentí que yo era Bagheera, la pantera, y no un juguete para los hombres, así que rompí la estúpida cerradura de un zarpazo y me escapé. En la selva he llegado a ser más terrible que Shere Khan porque aprendí las costumbres de los hombres. ¿No es así?

-Sí --dijo Mowgli-, toda la selva teme a Bagheera.... toda excepto Mowgli.

-Oh, tú eres un cachorro humano --dijo la negra pantera muy tiernamente-, y así como yo he vuelto a mi selva, tú, al final, deberás volver con los hombres, que son tus hermanos, si antes no eres asesinado en el Consejo.

-¿Pero por qué..., pero por qué va a querer matarme nadie? -preguntó Mowgli.

-Mírame --dijo Bagheera, y Mowgli la miró fijamente a los ojos.

La gran pantera volvió su cabeza al cabo de medio minuto.

-Por esto -dijo, poniendo su pata encima de las hojas-. Ni siquiera yo puedo mirarte a los ojos y eso que nací entre humanos y te quiero, hermanito. Los demás te odian porque sus ojos no pueden cruzarse con los tuyos, porque eres sabio, porque puedes extraer las espinas de sus patas.... porque eres un hombre.

-Yo no sabía todo esto -dijo Mowgli con resentimiento, frunciendo sus negras y pobladas cejas.

-¿Qué es la Ley de la Selva? Pega primero y después avisa. Por su propia conveniencia saben que eres un hombre. Pero sé sabio. Mi corazón me dice que cuando Akela pierda su última matanza, Y cada caza le cuesta cada vez más, la manada se

Volverá contra él y contra ti. Convocarán un Consejo en la Roca y después.... y después... ¡ya lo tengo! -dijo Bagheera levantándose de un salto-. Ve rápidamente a las cabañas de los hombres en el valle y coge algo de la flor roja que cultivan allí, así, cuando llegue el momento, habrás conseguido un amigo mejor que yo o que Baloo o que todos los que te quieren de la manada. Ve a por la flor roja.

Bagheera, al decir las flores rojas, se refiere al fuego, ninguna criatura de la selva llamará al fuego por su propio nombre. Todas las fieras viven mortalmente atemorizadas por él e inventan cientos de nombres para describirlo.

-¿La flor roja? -dijo Mowgli-. Crece fuera de sus cabañas a la hora del crepúsculo. Conseguiré alguna.

-¡Ahora habla el cachorro humano! -dijo Bagheera con orgullo-. Recuerda que crece en unas macetas pequeñas. Coges una rápidamente y la guardas para cuando llegue el momento de necesitarla.

-¡Bien! -dijo Mowgli-. Ya voy, ¿pero estás segura, Bagheera mía? -alargó su brazo alrededor del espléndido cuello y miró fijamente sus grandes ojos-. ¿Estas segura de que esto es cosa de Shere Khan?

-Por la cerradura rota que me liberó, estoy segura, hermanito.

-Entonces, por el toro que compró mi vida, saldaré cuentas con Shere Khan por ello, incluso puede que pague un poco más -dijo Mowgli, y salió disparado.

-¡Esto es un hombre, todo un hombre! -se dijo Bagheera mientras volvía a tumbarse-. ¡oh, Shere Khan, nunca has estado en una caza más negra que la de esta rana cazadora, al menos desde hace diez años!

Mowgli se encontraba ya alejado de la selva, corriendo rápidamente y con el corazón ardiendo en su interior. Llegó a la caverna a la hora en que comenzaba a aparecer la niebla del crepúsculo, tomó aliento y miró hacia el valle. Los cachorros estaban fuera, pero Mamá Loba, en la parte trasera de la caverna, sabía por el modo de respirar que algo le ocurría a su rana.

-¿Qué ocurre, hijo? -preguntó ella.

-Habladurías de murciélago propias de Shere Khan -respondió él-. Esta noche voy a cazar a los campos de cultivo.

Y se adentró hacia los arbustos, hacia el riachuelo hasta el pie del valle. Allí se detuvo, porque oyó el gritó de la manada que estaba cazando, el rugido del sambur cuando es perseguido y el ronquido del gamo acorralado. A continuación oyó los traviesos y amargos aullidos de los lobos jóvenes:

-¡Akela, Akela! Dejad que el Lobo Solitario muestre su fuerza, idejadle espacio al jefe de la manada! ¡Salta, Akela!

El Lobo Solitario debió de saltar y equivocarse en el intento porque Mowgli oyó el ruido de sus dientes y un gañido cuando el sambur le arrastró por el suelo, empujándole con sus patas delanteras.

Ya no esperó más y fue a ver qué sucedía los gritos disminuían débilmente detrás de él conforme se iba acercando a los campos de cultivo donde vivían los campesinos.

-Bagheera tenía razón -dijo entre jadeos mientras se metía entre unos forrajes que estaban cerca de la ventana de una cabaña-. Mañana será un gran día, para Akela y para mí.

Entonces pegó su cara a la ventana y vio el fuego en la chimenea. Vio que la esposa del campesino se levantaba por la noche y alimentaba el fuego con unos pedazos de algo de color negro. Al llegar la mañana con su niebla blanca y fría, vio al hijo del campesino recoger una maceta de mimbre con tierra en su interior, llena de pedazos de carbón ardiendo, ponerla debajo de su manta y salir a atender a las vacas del establo.

-Eso es todo? -dijo Mowgli-. Si un cachorro puede hacerlo, no hay nada que temer.

Así que giró la esquina rápidamente y se encontró con el chico, le arrebató la maceta de sus manos y desapareció en la niebla mientras el chico gritaba atemorizado.

-Se parecen mucho a mí -dijo Mowgli, soplando la maceta como había visto que lo hacía la mujer-. Esto se morirá si no le doy algo para comer.

Y echó ramitas y cortezas dentro de las cosas rojas. A medio camino hacia la colina se encontró con Bagheera, sobre cuya piel brillaba como destellos de luna el rocío de la mañana.

-Akela ha errado el golpe --dijo la pantera-. Ayer por la noche lo habrían matado, pero también te necesitaban a ti. Te estuvieron buscando por la colina.

-Estuve por las tierras de cultivo. Estoy listo ¡Mira!

Mowgli alzó la maceta de fuego.

-¡Bien! He visto que los hombres meten un palo seco dentro de esa cosa, y en un momento la flor. roja florece por las puntas. ¿No tienes miedo?

-No. ¿Por qué tendría que tenerlo? Ahora recuerdo, si es que no fue un sueño, cómo, antes de que yo fuera lobo, me tumbaba al lado de la flor roja y era cálida y placentera.

Mowgli se pasó todo ese día sentado en la caverna, cuidando de su maceta de fuego y poniendo en su interior ramas secas para ver cómo quedaban. Encontró una rama de su agrado y por la noche, cuando Tabaqui llegó a la caverna y le dijo con muy malos modales que su presencia era requerida en el Consejo de la Roca, él se rió hasta que Tabaqui se fue. Entonces Mowgli se dirigió hacia el Consejo, todavía riéndose.

Akela, el Lobo Solitario , estaba tumbado a un lado de su roca como señal de que el liderazgo de la manada estaba vacante y Shere Khan, con su séquito de lobos carroñeros, se paseaba de aquí para allá con un aire de satisfacción. Bagheera estaba tumbada junto a Mowgli y la maceta de fuego se encontraba entre las rodillas de éste. Cuando se encontraron todos reunidos, Shere Khan comenzó a hablar, algo que nunca se habría atrevido a hacer cuando Akela estaba en sus mejores tiempos.

-No tiene derecho -susurró Bagheera-. Díselo. Es hijo de perro. Estará atemorizado.

Mowgli se levantó de golpe.

-Pueblo Libre -gritó-, ¿es Shere Khan el nuevo jefe de la manada? ¿Qué tiene que ver un tigre con nuestro liderazgo?

-Viendo que el puesto está todavía vacante y ya que se me ha pedido que tome la palabra... --comenzó Shere Khan.

-¿Quién lo ha pedido? -preguntó Mowgli-. ¿Es que acaso nos hemos vuelto todos chacales para adular a este cazador de ganado? La vacante de jefe de la manada sólo concierne a la misma manada.

Hubo un griterío que decía:

-¡Silencio cachorro humano! Dejémosle hablar. Él ha mantenido nuestra Ley.

Y, al final, los más adultos de la manada vociferaron:

-Dejad que hable el Lobo Muerto.

Cuando el jefe de la manada yerra en su caza, se le llama Lobo Muerto el tiempo que le queda de vida, que no es mucho.

Akela levantó con pesadez su vieja cabeza:

-Pueblo Libre, y también vosotros, chacales de Shere Khan, durante doce estaciones os he guiado en la caza y en todo este tiempo ninguno de vosotros ha caído en ninguna trampa o ha sido herido. Ahora he errado en mi caza, ya sabéis cómo ocurrió. Sabéis que me llevasteis delante de un gamo que no había sido previamente cansado para dar a conocer mi flaqueza. Lo hicisteis de una forma muy inteligente. Tenéis el derecho de matarme ahora, aquí mismo, en el Consejo de la Roca. Por lo tanto, sólo os pregunto ¿cómo llega el final de un Lobo Solitario? Tengo el derecho, según la Ley de la Selva, de que vengáis a mí uno a uno.

Se produjo un largo silencio, ya que ni un solo lobo se atrevía a luchar a muerte contra Akela. Entonces Shere Khan gruñó:

_¡Bah! ¿Qué podemos hacer con este imbécil sin dientes? ¡Está condenado a muerte! Es el cachorro humano el que ha vivido demasiado, Pueblo Libre, y era mi carne desde el principio. Dádmelo. Estoy harto de esa estupidez de hombre-lobo. Durante diez estaciones no ha hecho más que darnos problemas en la selva. Dadme el cachorro humano o me quedaré para siempre cazando por aquí y no os daré ni un simple hueso. ¡Él es un hombre, un hijo de hombre, y lo odio hasta la médula de mis huesos!

Entonces más de la mitad de la manada aulló:

-¡Un hombre, un hombre! ¿Qué tiene que ver un hombre entre nosotros? ¡Dejémosle que se marche con los suyos!

-¿Y hacer que toda la gente de los pueblos se vuelva en nuestra contra ? -gritó Shere Khan-. ¡No! Dádmelo a mí, es un hombre y nadie. puede mirarle fijamente a los ojos.

Akela alzó de nuevo su cabeza y dijo:

-Ha estado comiendo de nuestra comida. Ha estado durmiendo con nosotros. Nos ha estado enseñando. No ha roto ninguna norma de la Ley de la Selva.

-Además, yo pague un toro por él cuando fue aceptado. El valor de un toro no es mucho, pero el honor de Bagheera es algo por lo que quizá lucharía -dijo la pantera con su voz más mansa.

-¡Un toro que fue pagado hace diez años! -gruñó la manada-. ¿Qué nos importan los huesos de hace diez años?

-¿0 qué os importa una promesa? --dijo Bagheera; sus dientes blancos quedaron descubiertos tras sus labios-. ¡Bien sois llamados Pueblo Libre!

-Ningún cachorro humano puede corretear con los habitantes de la selva -gritó Shere Khan-. iDádmelo a mí!

-Es nuestro hermano en todos los sentidos, menos en la sangre -prosiguió Akela-, ¡y lo mataríais aquí! De verdad, ya he vivido demasiado. Algunos de vosotros coméis ganado y de otros he oído que, bajo las enseñanzas de Shere Khan, os paseáis por la oscuridad de la noche y robáis niños de las mismas puertas de las casas de los campesinos. Por lo tanto, puedo reconoceros como cobardes, y es a cobardes a quienes me estoy dirigiendo. Es cierto que debo morir y que mi vida no tiene ningún valor, por eso la ofrecería en lugar de la del cachorro humano. Pero, por el alma del honor de la manada (un pequeño asunto del que os habéis olvidado desde que no tenéis jefe) os prometo que si permitís que el cachorro humano se marche al lugar al que pertenece, no os desafiaré, cuando llegue la hora de mi muerte, mostrándoos mis dientes. Moriré sin pelear, ya que al menos así salvaré tres vidas de la manada. No puedo hacer más, pero sí vosotros queréis, puedo salvaros de la vergüenza que significa matar a un hermano que

no ha cometido ningún error, un hermano que fue defendido y: comprado para nuestra manada de acuerdo con la, Ley de la Selva.

-¡Es un hombre..., un hombre.... un hombre! -gruñó la manada.

Y la mayoría de los lobos comenzaron a agruparse alrededor de Shere Khan, cuya cola empezaba a agitarse.

-Ahora el asunto está en tus manos -le dijo Bagheera a Mowgli-, lo único que podemos hacer es luchar.

Mowgli se puso en pie con la maceta de fuego entre sus manos. Entonces estiró sus brazos y bostezó delante del Consejo. Pero estaba furioso, con rabia y dolor, porque los lobos, comportándose corno tales, nunca le habían dicho lo mucho que le odiaban.

-¡Escuchad! -gritó-. No es necesaria esta charla de perros. Esta noche ya me habéis dicho demasiadas veces que soy un hombre y, a pesar de que yo habría sido un lobo entre vosotros hasta el final de mi vida, siento que vuestras palabras son ciertas. Así que ya no os volveré a considerar como mis hermanos, sino como sag (perros), como haría cualquier hombre. Lo que hagáis o dejéis de hacer no está en vuestra mano decirlo. Esto sólo me concierne a mi y para que podáis ver el asunto más claramente, yo, el hombre, os he traído un poco de flor roja, perros, para que os asustéis.

Arrojó la maceta de fuego al suelo y algunos pedazos de carbón rojo prendieron en un montón de musgo seco, mientras todo el Consejo se echaba hacia atrás, aterrorizado ante las crecientes llamas.

Mowgli lanzó su rama muerta al fuego, hasta que se encendió y chisporroteó y la hizo girar sobre su cabeza y entre los atemorizados lobos.

-Tú eres el jefe -dijo Bagheera en voz baja---. Salva a Akela de su muerte. Siempre ha sido tu amigo.

Akela, el viejo e imponente lobo que nunca en su vida ha pedido merced a nadie, lanzó una mirada piadosa a Mowgli mientras el chico permanecía en pie todo desnudo,

con su oscuro pelo largo agitándose sobre sus hombros a la luz de la reluciente rama que hacía que las sombras saltaran y temblaran.

-¡Bueno! -dijo Mowgli mirando lentamente a su alrededor-. Ya veo que sois perros. Me marcho de entre vosotros y me voy con los míos, si es que son los míos. Se me ha cerrado la selva y tengo que olvidar vuestra compañía y vuestra conversación, pero seré más bondadoso que vosotros porque era vuestro hermano en todo, excepto en la sangre, y os prometo que cuando sea un hombre entre los hombres no os delataré a ellos como vosotros me habéis delatado a mí.

Dio una patada al fuego y las chispas aumentaron.

-No debe haber ningún tipo de guerra entre nosotros en la manada, pero tengo una deuda que saldar antes de irme.

Se dirigió apresuradamente hacia donde Shere Khan se encontraba sentado y parpadeando estúpidamente delante de las llamas, y lo cogió por el mechón de pelo de su barba. Bagheera le siguió por si ocurría algún accidente.

-¡Levántate, perro! -gritó Mowgli-. ¡Levántate cuando habla un hombre o quemaré tu piel!

Las orejas de Shere Khan se quedaron bajas, como pegadas a su cabeza, y cerró sus ojos, ya que tenía muy cerca la rama ardiente.

-Este cazador de ganado dijo que me mataría en el Consejo porque no lo hizo cuando yo era un cachorro. Entonces, así es como nosotros pegamos a los perros cuando nos hacemos hombres. ¡Mueve un bigote, Lungri, y te meteré por la garganta la flor roja!

Golpeó a Shere Khan en la cabeza con la rama y el tigre lloriqueó y gimoteó en una agonía aterradora.

-¡Bah! Gato de la selva chamuscado. ¡Ahora camina! Pero recuerda, cuando vuelva de nuevo al Consejo de la Roca, vendré como hombre y con la piel de Shere

Khan cubriendo mi cabeza. En cuanto al resto de vosotros, Akela queda libre para vivir como le plazca. No le mataréis porque ésa no es mi voluntad. Tampoco creo que tengáis que permanecer aquí más tiempo, con la lengua fuera como si fuerais algo más que perros expulsados por mí, así que ¡marchad!

El fuego ardía vigorosamente al final de la rama, Mowgli comenzó a batirla a derecha e izquierda alrededor del círculo y los lobos huyeron aullando por las chispas que quemaban sus pieles. Al final, sólo quedaron Akela, Baghe-era y unos diez lobos que estaban de parte de Mowgli. Entonces Mowgli comenzó a sentir en su interior una tristeza como nunca antes había sentido en su vida, tomó aliento, sollozó y las lágrimas empezaron a correr por su cara.

-¿Qué es esto? ¿Qué es esto? -dijo-. No deseo abandonar la selva y no sé que es esto. ¿Me estoy muriendo, Bagheera?

-No hermanito. Sólo son lágrimas, como las de los hombres -dijo Bagheera-. Ahora sé que eres un hombre y no un cachorro, de ahora en adelante la selva se ha cerrado para ti. Déjalas que caigan, Mowgli. Son sólo lágrimas.

Así que Mowgli se sentó y lloró como si su corazón se hubiera roto. Nunca antes en su vida había llorado.

-Ahora --dijo-, me iré con los hombres, pero antes debo despedirme de mi madre.

Se dirigió hacia la caverna donde ella vivía con Papá Lobo y lloró sobre su piel, mientras los cuatro lobeznos aullaban tristemente.

-¿No me olvidaréis? -preguntó Mowgli.

-Nunca mientras podamos seguir una pista --dijeron los lobeznos-, vuelve al pie de la colina cuando seas un hombre y hablaremos contigo, y por la noche iremos a los campos de cultivo para jugar contigo.

-¡Vuelve pronto! -dijo Papá Lobo-. ¡Oh, ranita sabia, vuelve pronto, porque tu madre y yo nos estamos haciendo viejos!

-Vuelve pronto -dijo Mamá Loba-. Hijito mío desnudo, porque, escucha, hijo del hombre, te he querido más de lo que nunca he querido a mis propios lobeznos.

-Volveré, seguro -dijo Mowgli-, y cuando vuelva será para extender sobre la Roca del Consejo la piel de Shere K-han. ¡No me olvidéis! ¡Decid a todos en la selva que nunca se olviden de mí!

Comenzaba a despuntar el alba cuando Mowgli, comenzó a bajar solo por la colina para encontrarse con esos misteriosos seres llamados hombres.

CANCIÓN DE CAZA DE LA MANADA DE SEEONEE

Al despuntar el alba, el sambur baló.
¡Una vez, dos veces, y una vez más!
Y un gamo saltó, y un gamo saltó
del estanque, en el bosque,
donde el ciervo salvaje va a beber.
Todo esto lo he visto explorando solo.
¡Una vez, dos veces, y una vez más!

Al despuntar el alba, el sambur baló.
¡Una vez, dos veces, y una vez más!
Y un lobo volvió atrás, y un lobo volvió atrás
llevando las noticias a la manada que espera,
y buscábamos y encontrábamos
y aullábamos siguiendo sus huellas.
¡Una vez, dos veces, y una vez más!

Al despuntar el alba, la manada de lobos aulló.
¡Una vez, dos veces, y una vez más!
¡Pies en la selva que no dejan huella!
¡Ojos que pueden ver en la oscuridad,
en la oscuridad!
¡Lengua, sácale la lengua! ¡Escucha, oh, escucha!
¡Una vez, dos veces, y una vez más!